

# CORRESPONDENCIA 1914-1922

MARCEL PROUST \* JACQUES RIVIÈRE

CORRESPONDENCIA  
1914-1922

PRÓLOGO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE  
JUAN DE SOLA



**Ediciones La uña Roja**  
*Colección Libros del Apuntador*

Título original:

*Correspondance 1914-1922*

Primera edición: noviembre de 2017

© 2017, Juan de Sola, por el prólogo,  
la traducción y las notas.

La traducción de este libro se rige por el contrato  
tipo propuesto por ACE Traductores.

© 2017, Eduardo Jiwnani / La Luz Roja  
por el diseño de cubierta

Maquetación: Arcadio Mardomingo

© 2017, de la presente edición en castellano:

Ediciones La uÑa RoTa, S. L.

Apartado de correos 380

40080 Segovia

Correo electrónico: ediciones@larota.es

www.larota.es

ISBN: 978-84-95291-54-7

DL: SG 298-2017

IBIC: BJ

Impresión: Villena Artes Gráficas

Este libro ha recibido una ayuda a la edición  
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



# ÍNDICE

## PRÓLOGO

«AL FIN ENCUENTRO UN LECTOR»

9

## CORRESPONDENCIA

47

## APÉNDICES

375

PRÓLOGO  
«AL FIN ENCUENTRO UN LECTOR»

*Para Robert Amutio*

*Il ne faut jamais avoir peur d'aller  
trop loin car la vérité est au-delà.*

Marcel Proust a Ernst Robert Curtius

Poco antes de terminar su monumental edición de la *Correspondance* de Proust,<sup>1</sup> Philip Kolb estimaba que las más de 5000 cartas que había logrado reunir no suponían más que una vigésima parte del total. Quizá la cifra puede sonar un tanto exagerada, pero lo cierto es que el autor de la *Recherche* fue un corresponsal compulsivo, maniaco, que en muchos casos se sirvió de la carta como herramienta no ya complementaria, sino directamente sustitutiva de la conversación personal: lo mismo la usaba para precisar unas palabras escritas o pronunciadas apenas unas horas antes, que para añadir lo que no había sabido o querido decir cuando tocaba. En no pocas ocasiones constituían incluso el canal de comunicación principal, como cuando, viviendo todavía con su madre, pero haciendo horarios diametralmente opuestos, el único intercambio se producía mediante las cartas y mensajes que se dejaban mutuamente en un jarrón de la sala de estar. Tampoco debe perderse de vista que, para Proust, en feliz expresión de Alain Buisine, las cartas operaron también como un «cordón sanitario» del que protegerse de los demás.<sup>2</sup>

## PRÓLOGO

A falta de grabaciones y de otros testimonios más objetivos, la única manera que tenemos hoy de hacernos una idea de cómo podía ser la conversación con Marcel Proust es leer su abundante correspondencia, que puede complementarse con los perfiles que algunos de quienes lo conocieron se apresuraron a redactar después de su muerte. También el retrato que Céleste Albaret, su sirvienta, trazó en *Monsieur Proust* puede contribuir a ello, aunque algunas de las afirmaciones deban ponerse en entredicho. Nadie, salvo quizá Reynaldo Hahn, vio tan de cerca a Proust como Céleste, pero no cabe olvidar que el gesto ético que la honra —publicó su libro en 1973, cincuenta años después de la muerte de Proust y tras haber guardado silencio pese a todas las tentaciones— presenta también un gran inconveniente: a lo largo de estos años, es más que probable que toda la información que inevitablemente recibía desfigurara la memoria y diera a sus recuerdos un sesgo cuando menos inexacto.<sup>3</sup>

El epistolar es un género que está casi en el origen mismo de la cultura escrita. Desde las epístolas bíblicas o de la Antigüedad, pasando por las del humanismo renacentista o las de finales del siglo xvi hasta la irrupción de internet y la generalización del uso del correo electrónico, las cartas, notas o billetes han constituido no sólo una alternativa factible y razonable con la que salvar la imposibilidad de un encuentro y, por tanto, decíamos, de una conversación, sino también, o, sobre todo, un espacio de debate y reflexión que corre en paralelo a la vida misma. No olvidemos, sin ir más lejos, que una parte nada desdeñable de los tratados filosóficos y científicos de la modernidad se presentó bajo la forma de cartas, por no hablar de las novelas que privilegiaban ese género inscribiéndose casi siempre en la tradición del manuscrito encontrado, o de las sátiras a las que tan bien sienta esta forma. Si pueden distinguirse

«AL FIN ENCUENTRO UN LECTOR»

varios tipos de cartas –de amor, de amistad, comerciales, filosóficas, políticas, administrativas...–, la correspondencia entre Marcel Proust y Jacques Rivière podría englobarse en una categoría superior que las integra todas.

Lo que para el editor o compilador de correspondencias constituye un revés o una piedra en el zapato –una carta perdida–, para el lector y para el crítico resulta paradójicamente una bendición: el carácter fragmentario o mutilado de la unidad deja espacio a la especulación, a la interpretación y, por tanto, a una lectura más atenta y suspicaz de las dos cartas que flanquean cada vacío. Es así como se escribe la historia literaria. El reto se agudiza y cobra todavía más interés cuando, como aquí, una de las cartas que faltan es la primera. Y menuda carta debió ser, a tenor de lo que encontramos en la respuesta de Proust.

II

Cuando, el 7 de febrero de 1914, Marcel Proust escribe a Jacques Rivière la famosa carta que abre este volumen y le dice aquello de «¡Al fin encuentro un lector que *intuye* que mi libro es una obra dogmática y una construcción!», Marcel Proust no es aún el Proust que ganará el premio Goncourt y menos todavía uno de los tres o cuatro escritores que cambiará el rumbo de la literatura del siglo xx. De hecho, Proust no es todavía una personalidad literaria de importancia, sino un escritor considerado mundano y ligero que ha publicado sin mucho éxito *Los placeres y los días* (1896), traducido dos libritos de Ruskin –*La Biblia de Amiens* (1904) y *Sésamo y los lirios* (1906)– y colaborado con asiduidad en *Le Figaro*. De ahí el entusiasmo del escritor al ver que alguien –¡y qué alguien!– ha comprendido o vislumbrado el alcance de su proyecto literario. La carta que motiva la res-

## PRÓLOGO

puesta supone el espaldarazo definitivo a la validez de su obra, le confirma que todos los sinsabores vividos por culpa de la falta de orientación y resolución quedan atrás, y que puede seguir adelante. Se permite, eso sí, algunas reservas, como es norma general, casi un estilema, en las cartas que redacta.

Proust, como han estudiado y explicado con una minuciosidad incomparable Jean-Yves Tadié, Antoine Compagnon o Mireille Naturel, se preguntaba todavía en 1908, con treinta y siete años, qué debía hacer con el proyecto en el que estaba trabajando, los preparativos de lo que luego sería *Contre Sainte-Beuve*: «La pereza o la duda o la impotencia refugiándose en la incertidumbre sobre la forma del arte. ¿Debo hacer una novela, un estudio filosófico? ¿Soy novelista?». <sup>4</sup> La lectura de las cuatro libretas en las que Proust fue anotando desordenadamente, de 1908 a 1918, casi todos los temas, motivos y personajes de su gran obra muestran a un autor que al principio duda mucho de sus cualidades pero que, poco a poco, va convenciéndose a sí mismo de la importancia de lo que tiene entre manos. Estas cuatro libretas son el hermano menor de los setenta y cinco cuadernos en los que fue escribiendo y reescribiendo la *Recherche*, que constituyen sin duda el material más importante de lo que se conserva en el Fonds Proust de la Bibliothèque nationale de France.

Las dudas, el temor sobre su propia valía como escritor después de que, tras la muerte de la madre en 1905, hubiera «puesto fin a la época de las traducciones de los demás, que mamá fomentaba», <sup>5</sup> no dejan de asomar. Pero en 1909, como señala Tadié a propósito de tres cartas a Lucien Daudet, Antoine Bibesco y Georges de Lauris, Proust «está perfectamente seguro de sí mismo, de sus descubrimientos, de su originalidad, de tal modo que podrá afrontar el rechazo de los editores, si no sin tristeza, al menos con confianza». <sup>6</sup> 1909 es un año clave en la

«AL FIN ENCUENTRO UN LECTOR»

gestación de la *Recherche*: Proust decide dejar de lado el proyecto de libro sobre Sainte-Beuve, a caballo de la narración y el ensayo, y consagrarse por entero a la que será su gran novela. Hasta 1912, enfrascado en la escritura, cambiará un poco sus hábitos sociales y trabajará intensamente en su libro.

III

Pero, ¿quién es ese hombre que se toma a Proust en serio? ¿Por qué el autor subraya eso de «qué felicidad me depara que ese lector sea usted»? Cuesta creerlo, pero, como señaló Alain Rivière, el hijo de Jacques, «por sorprendente que pueda parecernos hoy, cuando es tan grande la distancia que separa la celebridad de uno de la del otro, en aquel entonces era Jacques Rivière, y no Proust, quien pasaba por ser el personaje conocido, al menos en el mundo literario».<sup>7</sup>

Jacques Rivière nace en Burdeos en 1886, el mayor de cuatro hermanos, en el seno de una familia de clase media ilustrada (su padre era un reputado médico hecho a sí mismo, catedrático de Ginecología y Obstetricia en la Universidad de Burdeos; su madre, un ama de casa de buena familia y con muchas dotes para el dibujo que murió prematuramente de tuberculosis en 1897). Cursa el bachillerato en su ciudad natal y, en septiembre de 1903, se matricula en el liceo Lakanal de Sceaux, cerca de París, para preparar el acceso a la École normale supérieure. En Sceaux conoce a Alain-Fournier, con el que le uniría una profunda amistad y que luego, en 1909, se convertiría en su cuñado (Rivière se casó con la hermana pequeña de Fournier, Isabelle). Como muchos ilustres, tanto Rivière como Fournier fracasan en su intento y deben renunciar a su sueño de convertirse en *normaliens*. Rivière pasa los exámenes escritos, pero no los orales, y decide regresar a Burdeos. En 1906, después de

I. A JACQUES RIVIÈRE

[7 de febrero de 1914]  
102 boulevard Haussmann

Señor:

¡Al fin encuentro un lector que *intuye* que mi libro es una obra dogmática y una construcción! Y qué felicidad me depara que ese lector sea usted. Porque las sensaciones que quiere usted expresarme las he tenido yo a menudo leyéndolo a usted; de tal modo que, cada uno por su parte, hemos dado el primer paso hacia el otro y abonado el terreno de una amistad espiritual. Usted estima mi libro no sin defectos, yo aprecio sus artículos no sin reservas. Pero ello no impide que nos gusten; aunque usted haya dicho de Stendhal, en un paréntesis indignado, absurdo y encantador: «¡Si juzga a sus amigos!».<sup>1</sup> Como artista, me ha parecido más honrado y más delicado no dejar ver, no anunciar que si salía en busca de algo era de la Verdad, ni en qué consistía para mí. Odio tanto las obras ideológicas en las que todo el tiempo la narración no es más que el fracaso de las intenciones del autor, que he preferido no decir nada. Mi idea no se desvelará hasta el final del libro, una vez se hayan comprendido las enseñanzas de la vida. Ésa que expreso al final del primer volumen, en aquel paréntesis sobre el Bois de Boulogne que he plantado allí en medio como un mero biombo para terminar y concluir un libro que por razones materiales no podía superar las 500 páginas, es justo *lo contrario* de mi conclusión. Es una etapa, de aspecto subjetivo y diletante, hacia la más objetiva y crédula de las conclusiones. Si de ello se dedujera que mi pensamiento es un escepticismo desencanta-

do, sería ni más ni menos como si un espectador que hubiera visto, al final del primer acto de *Parsifal*, cómo el personaje no entiende nada de la ceremonia y es echado por Gurnemanz, supusiera que lo que Wagner quería decir es que la simplicidad del corazón no conduce a ninguna parte. En este primer volumen ha visto usted el placer que me depara la sensación de la madalena mojada en el té, yo digo que dejo de sentirme mortal, etc., y que no entiendo por qué. Pues bien, no lo explicaré hasta el final del tercer volumen.<sup>2</sup> Todo está construido de este modo. Si Swann confía de manera tan voluntaria a Odette al señor de Charlus (hecho que me parece que ha querido reproducir las situaciones banales en las que un marido confía en el amante de su mujer) es porque el señor de Charlus, lejos de ser el amante de Odette, es un homosexual al que le repugnan las mujeres, y Swann lo sabe. Del mismo modo, en el tercer volumen verá usted la razón última de la escena de las dos muchachas, de las manías de mi tía Léonie, etc.

No, si no tuviera creencias intelectuales, si simplemente buscara rememorar y solapar estos recuerdos con los días vividos, no me tomaría, enfermo como estoy, la molestia de escribir. Pero no he querido analizar esta evolución de un pensamiento de un modo abstracto, sino recrearla, hacerla vivir. Estoy por tanto obligado a pintar los errores, sin creer tener que decir que los considero errores; qué le voy a hacer, si el lector cree que los considero la verdad. El segundo volumen acentuará este malentendido. Confío que el último lo disipará. Me resulta muy grato sentir que, al menos entre usted y yo, no ha habido ninguno, y aprovecho la ocasión para expresarle mi más profundo (y espero que algún día me permita añadir más afectuoso) agradecimiento por la amabilidad que ha tenido de decírmelo.

Marcel Proust

1914

1. En «De la sincérité envers soi-même», artículo de Rivière publicado en *La Nouvelle Revue française (NRF)* de enero de 1912.

2. En esas fechas, el plan de Proust era publicar tres volúmenes o partes de *En busca del tiempo perdido*, plan que se vería trastocado con la entrada en escena de Albertine.

## 2. A JACQUES RIVIÈRE<sup>1</sup>

[Principios de mayo de 1914]

Estimado señor

Su carta me emociona sobremanera, y empezaré diciéndole 1º) que la única publicación (periódico o revista) en la que quiero que aparezcan fragmentos de mi obra es la *Nouvelle Revue française*. 2º) Que recibirá estos fragmentos antes del 10 de mayo. Creo, no obstante, que ha habido un malentendido, ya que parece que usted habla de publicar el segundo volumen completo en la revista. Sin embargo, yo había entendido que se trataba simplemente de algunos extractos, y por ello había descartado las partes de acción y de análisis, y seleccionando más bien lo que constituía un «pasaje» y podía entresacarse con más facilidad. Temo que la publicación de todo mi segundo volumen (que será al menos tan largo como el primero, si no más), incluso recortándolo, sature en exceso su revista. Insisto una vez más: no lo digo en absoluto para reservar algo para *Le Figaro* o la *Revue de Paris*, etc. Sólo aspiro a la *NRF*. Pero ¿no es excesivamente largo? Pensaba darle algunos paisajes marinos (en contraste con los paisajes terrestres del pri-

## CORRESPONDENCIA

mer volumen) de Balbec y de mi decepción en Balbec, que tan poco se parece a la idea que me había hecho (más la noche de la llegada, con sus tristezas, y los consuelos de mi abuela). Es una parte del capítulo que, en el segundo volumen, se llamará «Nombres de país: el país», y que se corresponde con el capítulo del primer volumen titulado «Nombres de país: el nombre». Por último, si quiere algo más, podría añadir las páginas sobre la muerte de mi abuela que cerrarán el volumen y que podrían casar bastante bien con las páginas de Balbec. Todo esto, por supuesto, no constituye sino una pequeña parte del volumen, y tal vez no sea mi preferida (no es que quiera dar esta última en otra parte, sino que está toda ella en «situación» y resultaría más difícil de entresacar). Si no fuera éste su deseo, y si de verdad quisiera publicar entero (con algunos recortes) todo el segundo volumen, accedo con mucho gusto, pero me parece una saturación terrible para su revista (basta con que usted mismo tome el primer volumen y mire cuántas páginas haría de la *Revue*, yo podría recortar aquí y allá, pero como el segundo será, creo, todavía más largo, ¡incluso con recortes tendría casi la extensión de *Por donde vive Swann!*). En ese caso, atrasaría un poco la aparición del volumen, ya que sin duda necesitaría usted muchos números de la revista. A mí esto no me importa. Le daré lo que usted quiera, o los extractos que le decía, que en definitiva son lo mejor del volumen y que, según lo que desee, podrán ser más o menos extensos y caber enteros en el número de junio o exigir junio y julio. O, si no, publicar todo el volumen en revista, lo cual, personalmente, no me desagrade lo más mínimo, pero se me antoja impracticable para usted. Sólo si ése fuera el caso necesitaría saberlo de inmediato, pues únicamente tendría tiempo de mandar a recoger las galeadas corregidas a Grasset, ya que el juego que tengo aquí no está corregido. Espero que me conteste con la misma franque-

1914

za y llanura con la que yo le escribo. Me sabría muy mal que me pidiera lo que estimara lo más *educado*. Piense únicamente en lo que más le conviene desde el punto de vista de su *Revue*. Albergo una simpatía tan profunda por usted que espero poder contar con un «de verdad, sin cumplidos» que me tomaré como el inicio de una amistad.

Suyo, agradecido,

Marcel Proust

1. Mantenemos la costumbre proustiana de no cerrar el encabezamiento con un signo de puntuación.

### 3. A JACQUES RIVIÈRE

[Mayo de 1914]

102 boulevard Haussmann

Estimado señor

Le mando para el mes de junio lo que creo que dará 53 o 54 páginas de la *NRF*. Le mandaré más o menos lo mismo para el número de julio. ¡Y con eso estará todo! Pero le agradecería muchísimo que, en el número de junio, pudiera usted ir hasta el final de lo que le envío. Si le pareciera imposible (si fuera demasiado largo), suprimiría más bien un poco de la parte central, de tal modo que la revista terminara pese a todo con las líneas que cierran el fragmento que le envío.<sup>1</sup> He selecciona-

do estos extractos del último tercio del segundo volumen, que sin duda difiere del que usted conoce. El segundo volumen comienza con capítulos que tratan todavía de *Swann*, de Gilberte, de Bergotte; creo que sus lectores encontrarán aquí un poco más de novedad. Para el número de julio, le daré páginas sobre la señora de Guermites y sobre la muerte de mi abuela, que irán muy bien para cerrar estos extractos y con las cuales terminará por lo demás el segundo volumen. Gracias una vez más de todo corazón, la simpatía que me muestra es para mí un gran consuelo en estas horas crueles por las que estoy pasando. He leído y releído con gran concentración de pensamiento su artículo sobre el *Parsifal*, que me ha causado admiración.<sup>2</sup> Me ha gustado mucho, después de todas las absurdidades que el mundo suelta sobre Wagner.<sup>3</sup> (Ya que cita a Blanche, ¿ha leído el precioso artículo que dedicó a *Swann* en *L'Écho de Paris*? Creo que fue el miércoles o el jueves de Pascua.)<sup>4</sup> Sólo hay una cosa que me incomoda en su artículo sobre el *Parsifal*: no veo lo del *encantamiento del Viernes Santo* como génesis de todos los temas de Franck. Espero que algún día nos conozcamos y podamos hablar de todo esto. Reciba, estimado señor, la expresión de mi más profunda simpatía.

Marcel Proust

No olvide mandarme las pruebas, porque le he enviado mi trabajo de despedazamiento a toda prisa y hay muchas faltas que corregir.

1. Se trata de las primeras impresiones del narrador sobre el barón de Charlus, después de conocerlo en Balbec.

2. Rivière acababa de publicar su artículo en el número de mayo de la *NRF*.

1914

3. En el artículo, Rivière citaba una pieza de Jacques-Émile Blanche titulada «En torno al *Parsifal*», publicada en la *NRF* de marzo de ese mismo año.

4. La reseña que Jacques-Émile Blanche (1861-1942), pintor y crítico de arte amigo de Proust, escribió sobre *Por donde vive Swann*, se publicó en *L'Écho de Paris* el 15 de abril de 1914. Blanche es el autor del célebre retrato en que Proust aparece con una flor de orquídea en el ojal.

#### 4. A MARCEL PROUST

[Mayo de 1914]

Escrito de prisa

Estimado señor:

Mil gracias por su envío. Espero poder publicar en junio el fragmento entero que me confía. En todo caso, lo mando íntegro a composición y ya veremos en las pruebas si es preciso recortar algo.

Si me lo permite, iré personalmente a llevarle las pruebas. Así podremos hablar un poco de muchas cosas. Me alegra saber que mi *Parsifal* le ha gustado.

Tenga a bien, estimado señor, dar por cierta mi cada vez más vehemente simpatía.

Jacques Rivière